# La migración más allá de la movilización: un proceso de transformación cultural e identitaria

Laylys Janeth Tenorio Caicedo[1]
Eliana Andrea Orozco Fernández[2]

Recibido el 10/03/2026
Aprobado el 9/08/2026

Cómo citar este artículo[3]:
Tenorio-Caicedo, L. J., Orozco-Fernández E. A. (2026). *Más allá de la frontera: La migración como un proceso de transformación cultural e identitaria.* Trans-pasando Fronteras, 23. https://doi.org/10.18046/retf.i23.8449

1 Estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras con énfasis en inglés en la Universidad ICESI

2 Estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras con énfasis en inglés y Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad ICESI

3 La información presentada en este apartado se deriva de un trabajo académico elaborado en el marco del curso Historia Política Internacional en la Universidad Icesi en el primer semestre de 2024, donde se entrevistaron familias Nikkei (migrantes japonesas). Omitimos los nombres de la familia entrevistada para proteger su privacidad, manteniendo su apellido.

**Resumen**

Esta columna de opinión analiza la relación entre la migración como desplazamiento y como transformación cultural e identitaria en el contexto colombiano, mediante la comparación de dos experiencias migratorias ocurridas en momentos históricos distintos: la migración japonesa hacia Colombia durante el siglo XX y la migración interna de una joven que, al igual que muchos jóvenes de su territorio, se trasladó de Tumaco a Cali en el siglo XXI. Esta comparación permite entender que aunque las migraciones pueden responder a motivos distintos, existen experiencias y temas comunes que convergen y sitúan a los migrantes frente a desafíos similares. Para ello, se desarrollarán conceptos como territorio, cultura y migración, con el propósito de analizar ambos casos desde una perspectiva geográfica y sociocultural. A partir de estos elementos, se plantea que migrar implica un proceso constante de negociación entre la cultura de origen y las nuevas dinámicas sociales y culturales del lugar de llegada. Asimismo, se identifican transformaciones en prácticas cotidianas, vínculos sociales y formas de habitar el territorio. De esta manera, la migración se configura como un proceso complejo que trasciende el traslado físico, dando lugar a la articulación y resignificación de la cultura en contextos diversos.

Palabras clave: Migración, cultura, territorio, identidad, adaptación cultural.

**Abstract**

This opinion column examines migration as both physical movement and a process of cultural and identity transformation in the Colombian context. It compares two migration experiences from different historical periods: Japanese migration to Colombia during the twentieth century and the internal migration of a young woman who, like many young people from her region, moved from Tumaco to Cali in the twenty-first century. This comparison shows that although people migrate for different reasons, they often share similar experiences and face common challenges. To explore these cases, the column discusses the concepts of territory, culture, and migration from both geographical and sociocultural perspectives. It argues that migration is a continuous process of negotiating between one's culture of origin and the social and cultural dynamics of the new place. It also highlights changes in everyday practices, social relationships, and ways of living in a territory. Overall, the column suggests that migration is a complex process that goes beyond physical movement, leading to the reshaping and integration of culture in different contexts.

Keywords: Migration, culture, territory, identity, cultural adaptation.

Las migraciones han sido una constante a lo largo de la historia del mundo. Este fenómeno no solo se presenta en los seres humanos, sino también en otras especies como aves, peces e insectos. En las sociedades humanas, los procesos migratorios responden a múltiples causas, como factores económicos, conflictos armados, oportunidades educativas, procesos de reunificación familiar o transformaciones ambientales. A su vez, estos procesos generan profundos cambios sociales, económicos, políticos y culturales, tanto en los territorios como en las personas que los habitan. Entre estos efectos, uno de los menos visibles, pero más significativos, es la reconfiguración de las identidades y de las formas de habitar el territorio. A partir de ello, esta columna de opinión reflexiona sobre la migración no sólo como un desplazamiento geográfico, sino como un proceso de transformación cultural e identitaria, en el que las personas reconfiguran y resignifican sus prácticas culturales en relación con el entorno de llegada. Para ahondar un poco más en el tema, es importante saber qué entendemos por territorio, cultura y migración.

En primer lugar, el territorio se ha entendido tradicionalmente como una porción de superficie terrestre poseída por una persona o un Estado. Si bien esta definición no está alejada de la realidad, resulta limitada, ya que deja de lado dimensiones fundamentales como los significados que las personas atribuyen a los lugares, las prácticas culturales que allí se desarrollan y las relaciones sociales que configuran el sentido de pertenencia. Es por eso que la geografía juega un papel importante, pues desde esta perspectiva, el territorio ha sido definido como “el espacio apropiado por un grupo social para asegurar su reproducción y la satisfacción de sus necesidades vitales, que pueden ser materiales o simbólicas” (Giménez, 2001, p. 6).

Adoptamos la anterior definición porque permite comprender el territorio no solo como un espacio físico, sino como un escenario construido socialmente y cargado de significados, prácticas culturales y relaciones sociales. En este sentido, Massey (2005) plantea que los lugares no pueden entenderse como espacios estáticos o cerrados, sino como el resultado de múltiples relaciones sociales que se encuentran en permanente construcción. Desde esta perspectiva, el territorio se convierte en un elemento clave para comprender la experiencia migratoria, ya que migrar no implica únicamente trasladarse de un lugar a otro, sino también desprenderse, parcial o totalmente, de un espacio simbólico de pertenencia para enfrentarse a uno nuevo, en el que es necesario reconstruir vínculos, sentidos e identidades.

En segundo lugar, la cultura es un concepto fundamental para comprender la experiencia migratoria. Desde la geografía, se ha propuesto una definición relevante al entenderla como

"una instancia de mediación entre los hombres y la naturaleza" (Giménez, 2001, p. 10). Esta perspectiva permite reconocer que la cultura no es un elemento aislado, sino un conjunto de significados, símbolos y prácticas construidas colectivamente que orientan la manera en que los grupos sociales habitan e interpretan el territorio. Sin embargo, estas formas de comprender y actuar en el mundo no se adquieren de manera inmediata, sino que se configuran a lo largo del crecimiento y desarrollo de las personas en interacción con los diferentes entornos que habitan.

Desde la perspectiva ecológica de Bronfenbrenner (1979), dichos entornos, como la familia, la comunidad o la escuela, median la construcción de la identidad y de las prácticas cotidianas. En este sentido, migrar implica ingresar a un contexto cultural distinto, donde el sujeto no solo debe aprender nuevas dinámicas sociales, sino también reconstruir formas de habitar el territorio y relacionarse con quienes lo conforman. Asimismo, la cultura es un proceso dinámico y heterogéneo, que se transforma a lo largo del tiempo en función de las interacciones sociales y los cambios históricos. Por lo anterior, la migración se convierte en un escenario que permite observar dichas transformaciones, ya que implica el encuentro, y en muchas ocasiones la tensión, entre diferentes formas de entender y vivir el mundo, lo que da lugar a procesos de adaptación, negociación y resignificación cultural.

Por último, la migración consiste en abandonar un territorio donde se conocen y comparten las normas implícitas de la sociedad, rasgos físicos y formas de hablar que facilitan el reconocimiento como parte de una comunidad, para llegar a otro lugar en el que no se logra una identificación plena, debido a diferencias culturales, sociales y lingüísticas. Torres (2012) afirma que "ser migrante significa ser otro", lo cual refleja la experiencia de ingresar a un entorno distinto, en el que, con frecuencia, "los migrantes son clasificados, estigmatizados, amedrentados e incluso invisibilizados ante la opinión pública".

Sin embargo, es importante reconocer que toda migración responde a una intencionalidad. Detrás del desplazamiento existe un proyecto, una necesidad, un anhelo o una estrategia para transformar las condiciones de vida. En este sentido, migrar no constituye un acto fortuito, sino una respuesta a circunstancias concretas que movilizan a las personas hacia la búsqueda de nuevas posibilidades. Esta idea resulta especialmente evidente en las dos experiencias analizadas en este artículo. Aunque las motivaciones que impulsaron al señor Nakayama y a Laylys fueron diferentes, ambos emprendieron su proceso migratorio buscando transformar una condición de vida, ya que el lugar donde se encontraban no respondía a sus expectativas o necesidades.

Por su parte, la travesía del señor Nakayama empezó en 1935, llegando a Colombia desde

Japón con tan solo 18 años de edad, exactamente en la tercera migración Japonesa que arribó al puerto de Buenaventura. Desde allí, partió a Yumbo en el ferrocarril que conectaba ambas ciudades. La llegada de población japonesa a Colombia respondió al contexto de transformaciones económicas y sociales que atravesaba Japón a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Como explica Sanmiguel (2006), el crecimiento demográfico, las dificultades económicas en las zonas rurales y la política estatal de promover la emigración impulsaron la salida de miles de japoneses hacia distintos países de América. En Colombia, este proceso se materializó mediante distintos tipos de inmigrantes, entre ellos quienes llegaron como parte del programa de colonias agrícolas promovido por la Compañía de Emigración de Ultramar. Para el señor Nakayama, la migración aquí aparece no sólo como una alternativa de vida sino como un camino de esperanza.

De igual manera, Laylys también migró a los 18 años al Valle del Cauca, en busca de la educación superior de alta calidad y la posibilidad de formarse en la profesión que deseaba ejercer. Llegó desde el pacifico nariñense, desde el municipio de Tumano, gracias a una beca de pregrado del cien por ciento, a la cual pudo acceder por el puntaje de la prueba Saber 11. Para acceder a la educación superior que Laylys deseaba, debía desplazarse desde su región, la cual ha sido históricamente afectada por el abandono estatal y el conflicto armado. Su caso evidencia que en algunos casos la migración no responde específicamente a un evento puntual de crisis económica, guerra o desastre natural que empujan a las personas a desplazarse a otro territorio, sino también a variables situacionales que también convierten a la migración en una necesidad. Desde esta perspectiva, consideramos que migrar puede situar a las personas en un espacio de incomodidad, como una alternativa para responder a necesidades estructurales a las que el sistema le es insuficiente en los territorios.

Al llegar a un nuevo territorio, la persona migrante debe aprender no solo el idioma, el acento y las normas implícitas de interacción, sino también nuevas formas de comprender y relacionarse con el espacio. Estas dificultades pueden reducir su capacidad para expresarse, tomar decisiones y ser reconocida como un sujeto con agencia, especialmente cuando se enfrenta de manera simultánea a distintas limitaciones sociales. En el caso del señor Nakayama, el desconocimiento del idioma constituía una barrera que limitaba sus posibilidades de desenvolverse de manera independiente. Por ejemplo, su hija nos contaba que él junto con los otros migrantes debían trabajar de día como agricultores y de noche asistían a clases de español, con el fin de poder integrarse en este nuevo territorio. En el caso de Laylys, aunque comparte el idioma con los caleños, las diferencias de acento, jerga y entonación dificultan en ocasiones la comprensión de su mensaje, lo que puede llevarla a guardar silencio y sentirse insegura al hablar. Así, ambos casos, demuestran que las barreras comunicativas se relacionan directamente con una pérdida inicial de

autonomía. A partir de lo anterior podemos ejemplificar que la agencia es "una propiedad del sujeto que depende de las condiciones socioestructurales en las que se encuentra" (Martínez, 2019).

Por ello, habitar el territorio de llegada implica desarrollar estrategias para aprender a ser en él, mientras se reducen progresivamente las barreras circunstanciales. El migrante se enfrenta al desplazamiento físico, pero también pausa los espacios acostumbrados, dejando atrás la familia, vínculos sociales, trabajo, estilo de vida y todo aquello que configuraba la cotidianidad, iniciando una nueva vida en un contexto que responde a necesidades y proyectos. La hija del señor Nakayama relata que la decisión de migrar estuvo atravesada por la crisis económica que vivía Japón, y al mismo tiempo, por la responsabilidad que, como hijo mayor, sentía frente a su familia tras la muerte de su padre. Una vez establecido en el país, construyó aquí su propia familia, hasta el punto de afirmar años después que no deseaba regresar a Japón porque Colombia ya era el lugar donde había decidido permanecer.

Por otro lado, el anhelo de construir un futuro llevó a Laylys a abandonar sus comodidades, lo conocido y el espacio al que sentía pertenecer, territorio habitado por familia y amigos. Al llegar a Cali tuvo que construir nuevos vínculos para afrontar su nueva realidad, y aunque no reemplazan aquellos que dejó atrás, sí contribuyeron a reconfigurar la manera de percibirse a sí misma, reconocer la importancia del arraigo y abrirse a nuevas formas de ver, ser y habitar el territorio. En este proceso, y dado que los seres humanos son inherentemente sociales, emerge una transformación cultural e identitaria, en la cual, en medio de las diferencias, se establecen nuevas identificaciones y formas de vida que se expresan en prácticas concretas de apropiación cultural y adaptación cotidiana.

Esto se alinea con las vivencias de la familia Nakayama. Aunque conservaron prácticas propias de la cultura japonesa, incorporaron otras del contexto colombiano, como bautizar a sus hijos, asignarles nombres comunes en latinoamérica e integrarse a las prácticas religiosas y educativas del país, sin abandonar por completo sus referentes culturales de origen. Estos también se preservan mediante el encuentro con otros integrantes de la comunidad japonesa en espacios como la Asociación Cultural Colombo Japonesa, donde, continúan compartiendo prácticas gastronómicas, celebraciones y otras tradiciones que fortalecen el sentido de pertenencia y la preservación de su herencia cultural.

La transformación de Laylys se evidencia en la incorporación de dinámicas propias de la vida urbana, como el uso del transporte público y la comprensión de las dinámicas sociales propias de Cali, cosa que le permite permanecer segura en su movilización dentro de la ciudad. Del mismo modo, su condición migratoria propició una nueva perspectiva de su propia cultura, llevándola a interesarse por

las contribuciones históricas y culturales de las comunidades afrodescendientes. Paradójicamente, fue al migrar cuando comenzó a reflexionar sobre aspectos de su identidad que antes permanecían naturalizados, pues en su territorio de origen no experimentaba la condición de ser percibida como "otra".

Las experiencias de Laylys y la familia Nakayama permiten comprender que la migración trasciende el desplazamiento físico y constituye un proceso continuo de intercambio entre la cultura de origen y las dinámicas del territorio de llegada. Aunque sus trayectorias y contextos históricos son diferentes, ambos casos evidencian que migrar implica reconstruir vínculos, resignificar prácticas y reconfigurar la identidad sin renunciar completamente a aquello que los constituye. En este sentido, el territorio se revela como un espacio de construcción de significados y pertenencias, mientras que la cultura se configura como un proceso dinámico que se transforma mediante el encuentro con otros. Así, la apropiación de nuevas prácticas no supone el abandono absoluto de la cultura de origen, sino la posibilidad de construir identidades que articulan múltiples referentes culturales. Esto se refleja en el testimonio de una integrante de la familia Nakayama, quien dice sentirse "muy afortunada" de tener dos culturas, reconociéndose simultáneamente como colombiana y heredera de la tradición japonesa.

En consecuencia, la migración no transforma únicamente a quien migra. Al establecer nuevas relaciones, intercambiar saberes y participar en la vida cotidiana del territorio de llegada, las personas migrantes también contribuyen a reconfigurar los espacios que habitan. Más que sustituir una cultura por otra, migrar supone aprender a construir nuevas formas de pertenencia, en las que el territorio de origen permanece presente mientras nuevos vínculos, prácticas e identidades se incorporan a la experiencia de vivir entre múltiples mundos. En este sentido, la frontera deja de entenderse únicamente como un límite geográfico para convertirse en un espacio de encuentro y reconstrucción de la identidad, donde el pasado y el presente, el lugar de origen y el de llegada, conviven en la experiencia de quienes migran.



Trans-pasando Fronteras, Núm. 22, 2025. Cali-Colombia
ISSN 2248-7212 • ISSN-e 2322-9152

**Referencias**

Bronfenbrenner, U. (1979). The ecology of human development: Experiments by nature and design. Cambridge, MA: Harvard University Press. https://khoerulanwarbk.wordpress.com/wp-content/uploads/2015/08/urie_bronfenbrenner_the_ecology_of_human_developbokos-z1.pdf

Gimenez, G. (2001). Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas. ALTERIDADES, (22): Págs. 5-14 https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/381/380

Martínez, M. (2019). Una (breve y no muy sistemática) aproximación a la noción de agencia desde la vulnerabilidad. Papeles del CEIC, 2019(1), 1–9. https://doi.org/10.1387/pceic.20616

Massey, D. (2005). For space. London: SAGE Publications. https://selforganizedseminar.wordpress.com/wp-content/uploads/2011/07/massey-for_space.pdf

Sanmiguel, I. (2006). Japoneses en Colombia: Historia de inmigración, sus descendientes en Japón. Otras Voces, 15, 81–95. https://www.redalyc.org/pdf/815/81502308.pdf

Silva Chica, L.; Rouvinski, V. (coords.) (2024). Tejiendo historias: relatos de la diáspora japonesa en Colombia. Cali: GEUP Colombia. https://www.icesi.edu.co/editorial/tejiendo-historias/

Torres, M. (2012). La migración y sus efectos en la cultura, de Yerko Castro Neira (coord.). Sociológica (Méx.) vol.27 no.77 https://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-01732012000300010&script=sci_arttext